

Andrés Sánchez Picón

El hecho minero ha tenido una importancia decisiva a lo largo de la historia almeriense. Desde la protohistoria y las colonizaciones antiguas —fenicia, púnica y romana—, las riquezas de subsuelo de Almería han sido el principal motivo de atracción para los foráneos hasta el punto de que sus metales terminaron constituyendo entonces, el principal factor para la inclusión de nuestro territorio en los circuitos comerciales del Mediterráneo antiguo.

Tras un aparente letargo medieval y moderno, en los albores de la edad contemporánea y durante el siglo XIX, la resurrección de las actividades mineras hizo de nuevo que el nombre de Almería sonara en el mundo y que estudiosos y curiosos de varios países europeos —Le Play, Pernollet, Saglio, Delamarre, Kersten, Ansted, etc.— se vieran estimulados a arrostrar las vicisitudes e incertidumbres de un viaje hasta este incomunicado reducto peninsular, con la esperanza de poder presen-

ciar el fulgurante desarrollo de los distritos mineros de Sierra de Gádor y de Sierra Almagrera. Los visitantes españoles, por su parte, como Pedro Antonio Alarcón o Echegaray, también van a subrayar en sus descripciones la importancia de la minería en el conjunto de la economía provincial, rasgo que también sobresale en las páginas que a Almería dedica el Diccionario de Madoz, publicado entre 1845 y 1850, en plena “fiebre minera” a la que se alude en este tantas veces citado compendio como la manifestación de una “minomanía que se va extendiendo por el resto de la Península”.

El contraste con el panorama actual, cuando todos los centros e instalaciones mineras son pasto de un abandono que puso fin a una lenta agonía iniciada hacia 1920, y en un momento en que la aportación de la minería a la producción provincial —excluyendo el trabajo en las canteras— resulta tan insignificante que ni siquiera es “un pálido reflejo” de aquel pasado

2.

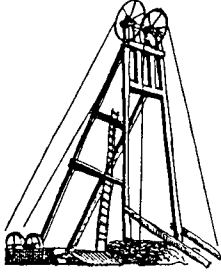
SIERRA DE BEDAR

Pinar de Bédar.
Vista General

480 × 210 mm.

(CAM-FCE)





reciente, no debe pasar desapercibido. Además en la gran oledada migratoria de 1920-1930 se perdieron los eslabones generacionales que, tal vez, y como en los territorios mineros cercanos de La Unión o Linares, pudieran haber mantenido alguna impronta minera en nuestras tradiciones culturales o folklóricas. Resulta tan débil, en consecuencia, el rastro de nuestro pasado minero que no es fácil de concebir si no es porque aún se yerguen dispersos en multitud de parajes una colección de vestigios asociados a aquella actividad: escondidos, ruinosos y poco accesibles en su mayoría, contrastan con el, por contra, omnipresente y monumental cargadero de mineral que, coronando en el espinazo de la trama urbana capitalina, penetra en el centro de la bahía almeriense.

Por lo demás, sólo la obsoleta persistencia de los símbolos mineros en los ingenuos mapas económicos de España de nuestras enciclopedias y manuales escolares, que encontrábamos ubicados en la esquina que ocupa la provincia de Almería, acompañados, invariablemente, por el exuberante racimo de uvas y por el jugoso fruto del naranjo, ha llegado a proporcionarnos a la mayoría de los almerienses de hoy una rudimentaria aproximación, aunque meramente "libresca", a la tradición minera de nuestra tierra, que se completaba con la singular mención, en aquellos mismos textos, a las ricas minas de oro de Rodalquilar. Por último, y a pesar de que la gran crisis minera anterior a la guerra apenas

permitió la supervivencia de algún coto, en tiempos recientes se ha seguido vitoreando a nuestra tierra a propósito de su opulencia minera, rememoración revestida de una aureola mítica que toma cuerpo en una copla de homenaje a Almería en la que se dice aquello de que "los metales de tus entrañas son tu gloria y tu esplendor".

El vuelco en las últimas décadas ha alterado tan esencialmente la organización productiva almeriense, que desde el observatorio actual, en el que las referencias dominantes son la agricultura de invernadero y el turismo, puede parecer desproporcionado motejar a la centuria pasada como el siglo minero por excelencia.

No creo, sin embargo, que esta imagen resulte más esquemática o simplista que las que actualmente manejamos para resaltar los principales rasgos de la economía almeriense. Por el contrario, puede afirmarse que los matices que dotan de originalidad a la evolución económica y social del territorio de Almería entre 1800 y 1930, dentro del marco regional andaluz, para no ir más lejos, están estrechamente determinados por las fluctuaciones de la actividad minera en la recién creada provincia. Los estudios sobre el tema que han sido publicados en los últimos años van permitiendo comenzar a hacerse una idea sobre lo que ha supuesto el desarrollo minero para la zona (1). Un siglo y medio después del vendaval financiero y asociativo que ocasionó el descubrimiento del filón de plomo argentífero del barranco Jaroso de Sierra Almagrera —

(1) Nadal abrió esta senda con su ya clásico "Industrialización y desindustrialización del sudeste español, 1817-1913", *Moneda y Crédito*, 120, 1972, pp. 3-80. El mismo autor ampliaría su pionera aportación en sendas colaboraciones a la *Historia de Andalucía* que llevaron por título: "Andalucía, paraíso de los metales no ferrosos", Planeta, Barcelona, VII, 1981, pp. 399-460, y "Los dos abortos de la revolución industrial en Andalucía", 2.ª ed., VI, 1984, pp. 399-433. Específicamente sobre el acontecer minero almeriense y por orden cronológico, tenemos: Sánchez Picón, "Minería e industrialización en la Almería del siglo XIX: explotación autóctona y colonización económica", *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*, 1, 1981, pp. 205-226, del mismo autor, *La minería del Levante Almeriense, 1838-1930. Especulación, industrialización y colonización económica*, Cajal, Almería, 1983; Pérez de Perceval, *Fundidores, mineros y comerciantes. La metalurgia de Sierra de Gádor, 1820-1850*, Cajal, Almería, 1984; Núñez Romero-Balmas, "Crecimiento sin desarrollo: la minería del distrito de Berja en la etapa de apogeo (1820-1850)", *Revista de Historia Económica*, 2, 1985, pp. 265-296; de nuevo Pérez de Perceval, *La minería almeriense contemporánea (1800-1930)*, Zéjel, Almería, 1989, y Sánchez Picón, *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1776-1936). Cambios económicos y negocios de exportación*. Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 1991.

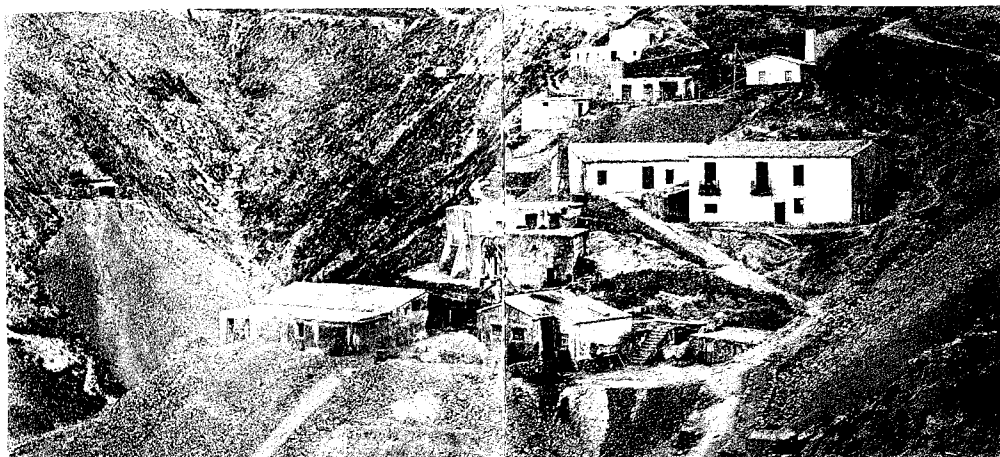
3.

SIERRA ALMAGRERA

"Medio Mundo" y
"Riojana", barranco
Francés

455 × 205 mm.

(CAM-FCE)



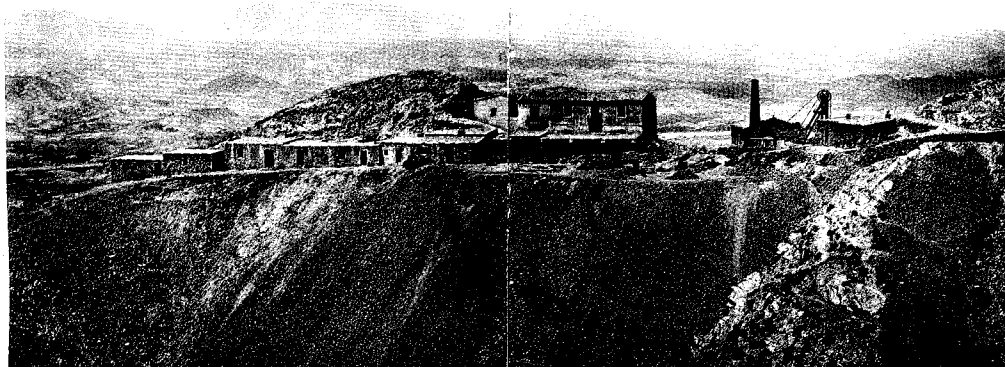
4.

SIERRA ALMAGRERA

"Ramo de Flores"

450 × 216 mm.

(CAM-FCE)



5.

HERRERIAS DE CUEVAS

Vista General

692 × 198 mm.

(CAM-FCE)





6.

SIERRA ALMAGRERA

Detalle derrumbamiento

1838—, y cuando la minería está redundantemente enterrada, parece ganar terreno la idea de que la actividad extractiva resultó globalmente negativa y fue incapaz de generar un desarrollo económico sostenido para la provincia. El fallo condenatorio se nutre de asertos que recogen algunas de las principales acusaciones que se han hecho en los órdenes económico, social y ecológico. En el primero de ellos, se considera a la minería responsable, en buena medida, de la inmadurez de unas estructuras productivas y empresariales poco acostumbradas, por la aparente aleatoriedad de los beneficios mineros, a la inversión industrial a largo plazo. En la faceta social se destacan las inhumanas condiciones del trabajo minero durante el siglo pasado, así como la directa responsabilidad de la gran crisis minera de 1920-1930 en la poderosa emigración que hizo disminuir los contingentes humanos de la provincia de una manera drástica por aquellos años. En el orden ecológico, se alude a las negativas repercusiones medioambientales de una actividad que implicó una abusiva y desordenada deforestación en las sierras donde se desarrolló, así como unos movimientos de tierras que terminaban incrementando las aptitudes erosivas del terreno.

El asunto es, pues, de tan grueso calibre que, pese a las apariencias, la investigación sobre la historia minera almeriense tiene ante sí todavía un vasto panorama a escudriñar. A condición, eso sí, de indagar en nuevas fuentes, como la inexplorada documentación

empresarial, o de ser capaz de plantear nuevas preguntas a las que ya han sido utilizadas. Con este somero apunte se intenta que el lector repare en la trascendencia de las repercusiones que se asocian al desarrollo minero que vivió la provincia durante el siglo pasado y el primer tercio del actual.

Por otro lado, aprovechando la costumbre de recordatorios centenarios, podemos tomar nota de la sugerente coincidencia que viene a aunar los dos motivos principales de esta Exposición que lleva por título *El Siglo Minero*. Porque, en efecto, en el mismo año de 1839 en que se anunció al mundo el invento de la fotografía, comenzaba a propagarse por el país la noticia del hallazgo de un riquísimo filón argentífero en Sierra Almagrera, en la provincia de Almería, del que se esperaba que llegaría a eclipsar el recuerdo de las legendarias vetas de Nueva España.

Mientras que en los primeros meses de 1839, el astrónomo Francôis Arago asombraba a la Academia de las Ciencias de París con la notificación del genial invento de Nicéphore Niépce y Louis-Jacques Mandé Daguerre, que suponía el primer método para fijar las imágenes que se proyectaban en el fondo de la cámara oscura; dos mil kilómetros al Sur, el Inspector de Minas del distrito Almería y Granada, con sede en Adra, se desplazaba hasta Sierra Almagrera, en la jurisdicción de la entonces villa de Cuevas, y con un burlón escepticismo —“de Almagrera, libéranos dómine”, bajaron canturreando los comisionados

oficiales— procedía a la demarcación de las primeras concesiones mineras del que estaba llamado a ser celeberrimo barranco Jaroso. Unos cuantos meses antes un par de labriegos se habían topado en ese lugar con lo que para algún aficionado a los asuntos de minas, eran los signos inequívocos de un espléndido mineral argentífero.

Treinta años más tarde, los dos coetáneos descubrimientos se encontrarían gracias a la extraordinaria labor que el fotógrafo lorquino José Rodrigo, uno de aquellos pioneros en la expansión del invento de Daguerre en España, realizaría durante casi una década —entre 1874 y 1883—, al impresionar sus placas con las imágenes del desarrollo minero de la comarca.

La evocación de esta concordancia temporal, hace poco más de 150 años, de los primeros pasos de la fotografía de la mano del daguerrotipo, con los primeros y tempestuosos momentos de la minería de Almagrera, no viene en este caso “cogida por los pelos”, ya que, en efecto, en la Exposición de imágenes que se presenta, tanto un aspecto —el desarrollo de la fotografía en nuestro país durante el siglo pasado—, como el otro —la minería almeriense decimonónica— constituyen los ejes que, con relevancia similar, le dan sentido a la misma.

La peripecia almeriense del fotógrafo José Rodrigo le permitió ser el testigo de una minería que comenzaba a vislumbrar los grandes cambios que le harían irreconocible a la vuelta

del nuevo siglo. Sin embargo, y esto dota a su obra de un valor insoslayable, las fotografías de los principales distritos mineros de Almería resultan tan espectaculares en su concepción y ejecución, como excepcionales por su temprana cronología. No creo que exista una serie tan amplia y completa de imágenes mineras como la que Rodrigo impresionó entre 1874 y 1880 por tierras almerienses. El artista lorquino nos ha legado una magnífica colección de panorámicas de nuestras minas en pleno esplendor —aunque amenazado— de la minería del plomo autóctona. Esta circunstancia es digna de resaltarse ya que para el lector poco informado, la idea de la Almería minera pueda resultar demasiado uniforme; y, antes bien, en el desarrollo minero almeriense se pueden dis-

7.

SIERRA ALMAGRERA

Máquina “La República”

253 × 195 mm.

(CAM-FCE)



tinguir dos épocas bien diferentes en sus rasgos productivos y relativamente bien delimitadas en cuanto a su cronología.

Una época antigua, que se extiende durante la mayor parte del siglo XIX —entre 1820 y 1890— y en la que domina la explotación de las minas de plomo; y una más reciente —entre 1890 y 1930, con derivaciones más próximas— en las que el predominio corresponde a la extracción del mineral de hierro. Sin demérito para otras producciones como el zinc, el azufre, el cobre o el oro, muy significativas como muestra de la riqueza geológica del subsuelo almeriense, pero muy distantes de la importancia económica y social que tuvieron las galenas, más o menos argentíferas, o los hematites y los carbonatos de hierro durante el siglo XIX y el primer tercio del XX, lo cierto es

que la minería almeriense, como ya resumiera el ingeniero Gómez Iribarne en 1902, puede dividirse, parafraseando a las vetustas divisiones prehistóricas, en dos grandes edades, según las menas que ostentaran la hegemonía productiva: *la edad del plomo*, primero, *la edad del hierro*, a continuación.

Pues bien, uno de los valores añadidos especialmente destacables en la colección de fotografías de Rodrigo, reside en que nos comunica con la primera y más antigua fase del acontecer minero en nuestra tierra, y además lo hace con una amplitud y calidad que no volveremos a encontrar en momentos posteriores. No hay que sorprenderse, en fin, de la ausencia ante el objetivo del fotógrafo de las grandes obras de infraestructura para el transporte de minerales de hierro cuyos restos atestiguan hoy nuestro pasado minero —los embarcaderos, los trenes mineros, los cables aéreos, las estaciones, etc.—. Sencillamente, durante su estancia en Almería, todavía faltaban más de 20 años para que sus primeras muestras empezaran a levantarse.

Las imágenes testimonian, éso sí, aquella otra y antigua Almería minera: la que deja una impronta indeleble en la organización del sector, la que nos resulta más insólita, original y lejana, pero que no debemos confundir con la totalidad de la historia minera contemporánea de la provincia de Almería.

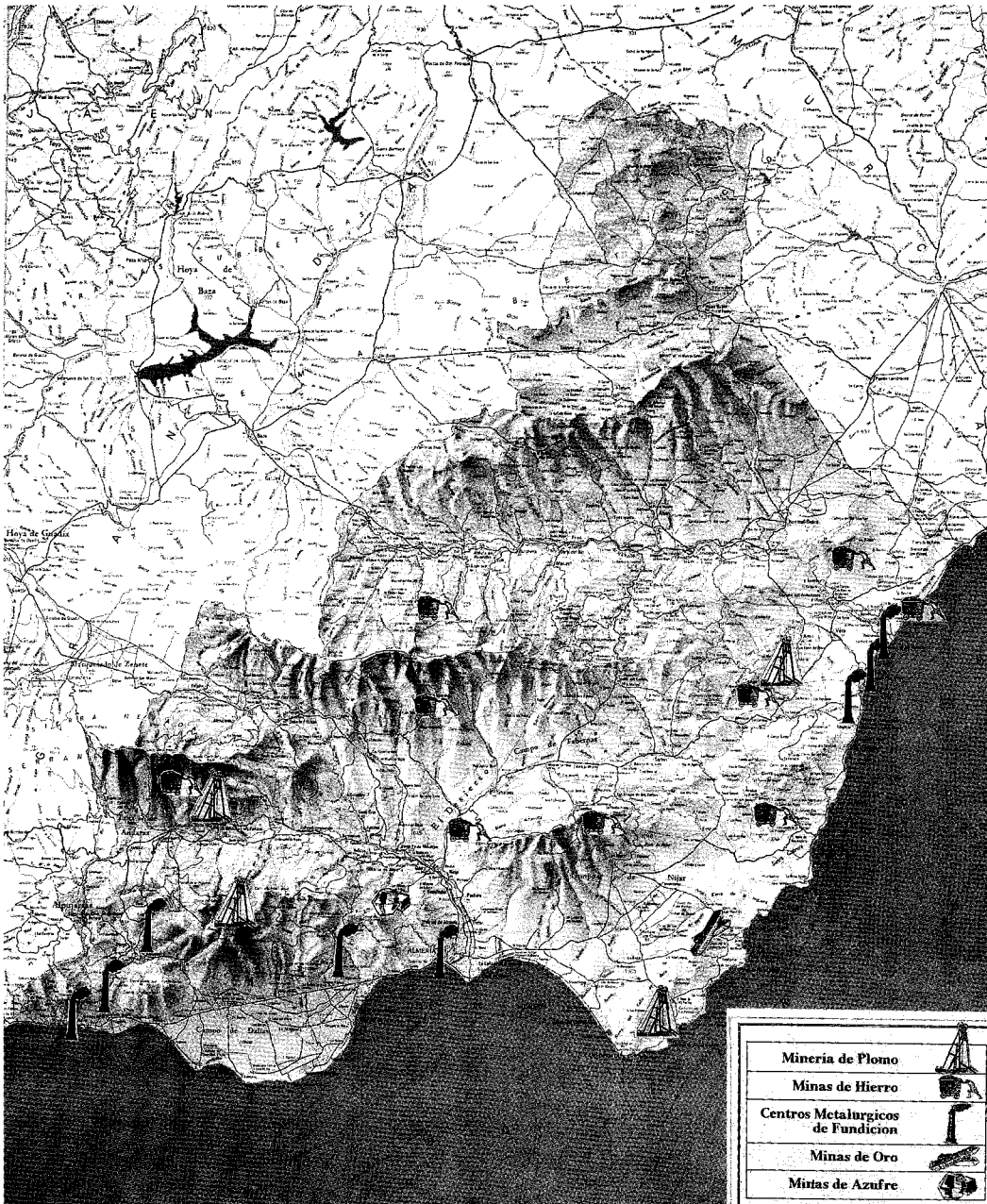
El devenir de la minería almeriense tuvo un primer y brillante capítulo en las Alpujarras y la Sierra de Gádor, durante la primera mitad del



8.

HERRERIAS DE CUEVAS

Mina



9.

MAPA DE ALMERIA

Industria Minera

siglo XIX, cuando la galena extraída de sus peculiares y reducidísimas concesiones mineras revolucionó a los mercados internacionales del plomo en las décadas de 1820 y 1830, propiciando, con su súbita y masiva irrupción, el desplome de los precios del plomo y la ruina de muchas minas alemanas e inglesas. En esta

época cristalizaría el modelo de pequeña minería autóctona almeriense caracterizado por el minifundio y la extrema subdivisión de la propiedad minera entre centenares de sociedades improvisadas por gentes de la zona, y por el empirismo y la precariedad de los medios utilizados para la extracción, que la harán famosa

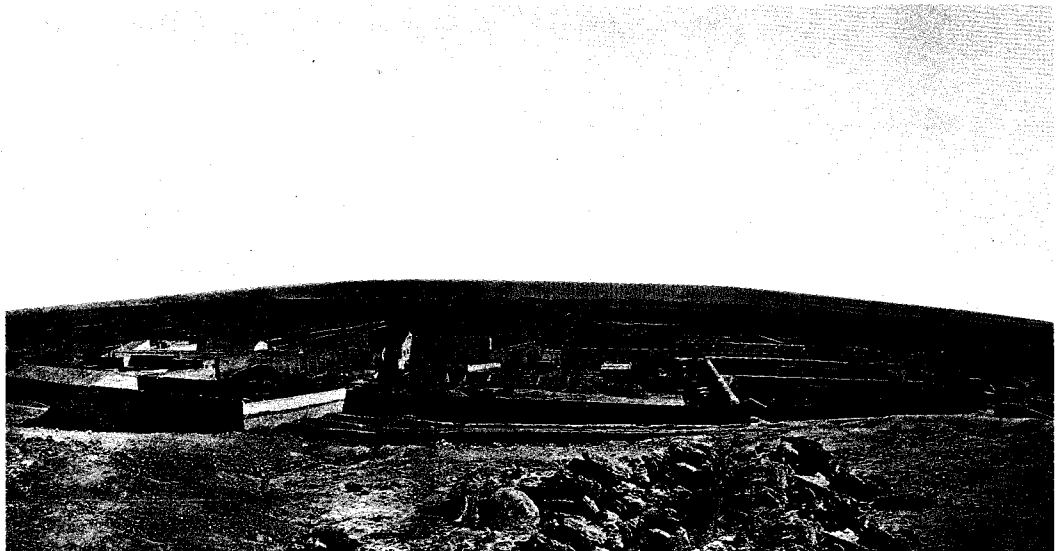
10.

PALOMARES

Vista panorámica de la fundición de Guillermo Huelin

245 × 130 mm.

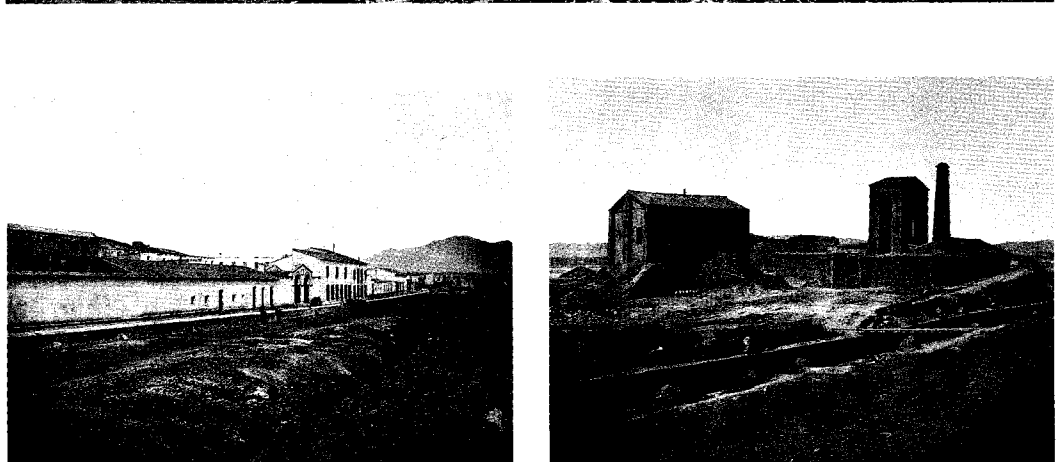
(CAM-FCE)



11.

PALOMARES

Vista exterior



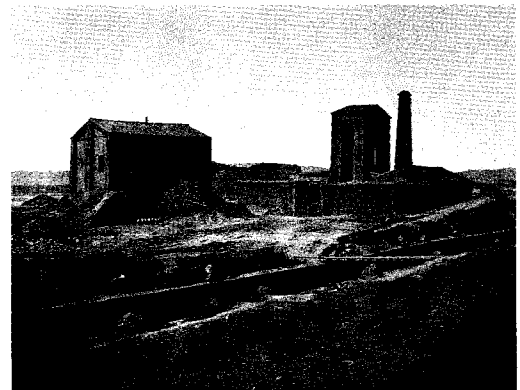
12.

HERRERIAS DE CUEVAS

Roza de Santa Matilde. Desagüe

251 × 193 mm.

(CAM-FCE)



desde sus orígenes. Este esquema quiso trasladarse también al beneficio de los minerales, dando lugar a una artesanal metalurgia que desparramada por los barrancos de la Sierra de Gádor y del Campo de Dalías, obtenía las barras de plomo fundiendo con el combustible vegetal que podían proporcionar aquellos parajes. A pesar de las grandes pérdidas que los sistemas de estos rudimentarios hornos, conocidos en el país como boliches, producían, la pequeña metalurgia pudo mantenerse hasta que la burguesía comercial malagueña —Rein, primero, y Heredia, a continuación— y los grandes mercaderes del plomo de Marsella —Figuerola y Guerrero—, decidieran pasar a controlar directamente la producción promoviendo el desarrollo de nuevas y modernas instalaciones industriales en Adra y sus alrededores, que usaban ya máquinas de vapor y hornos ingleses y que por su mayor capacidad comercial y por su productividad, condenarían a aquellas rústicas fundiciones que terminaron

sufriendo, además, los efectos de la escasez de leñas en su entorno.

La minería de Sierra de Gádor, acompañada desde el principio de una metalurgia de primera fundición, daba muestras de agotamiento hacia 1836, cuando la caída de los precios terminó afectando a la rentabilidad de sus propias unidades productivas y cuando, agotadas algunas de las más accesibles “bolsadas” de sulfuro de plomo, el sistema de laboreo empleado, criticado por los técnicos como manifestación de una rapiña incontrolada, terminaba poniendo obstáculos a una racionalización de las explotaciones.

Con todo, este episodio minero fue suficiente para alterar la faz paisajística, social y económica del amplio territorio que circunda a la Sierra. Sus efectos demográficos fueron visibles en las villas y ciudades de su entorno, y en especial en Adra, Berja y Almería, lugares de preferente ubicación de la metalurgia, la minería y el comercio del plomo. La exportación de los metales constituyó el elemento primordial de apertura del espacio almeriense al mercado mundial. Aunque ya desde mediados del siglo XVIII, algunos buques británicos, holandeses, franceses o daneses, habían fondeado periódicamente frente a las playas almerienses para cargar la piedra de barrilla que constituía la principal materia prima para la fabricación de sosa en sus respectivos países, nunca se había conocido la animación mercantil que promovió el tráfico de plomos en sus tres enclaves de Adra, Almería y Roquetas.



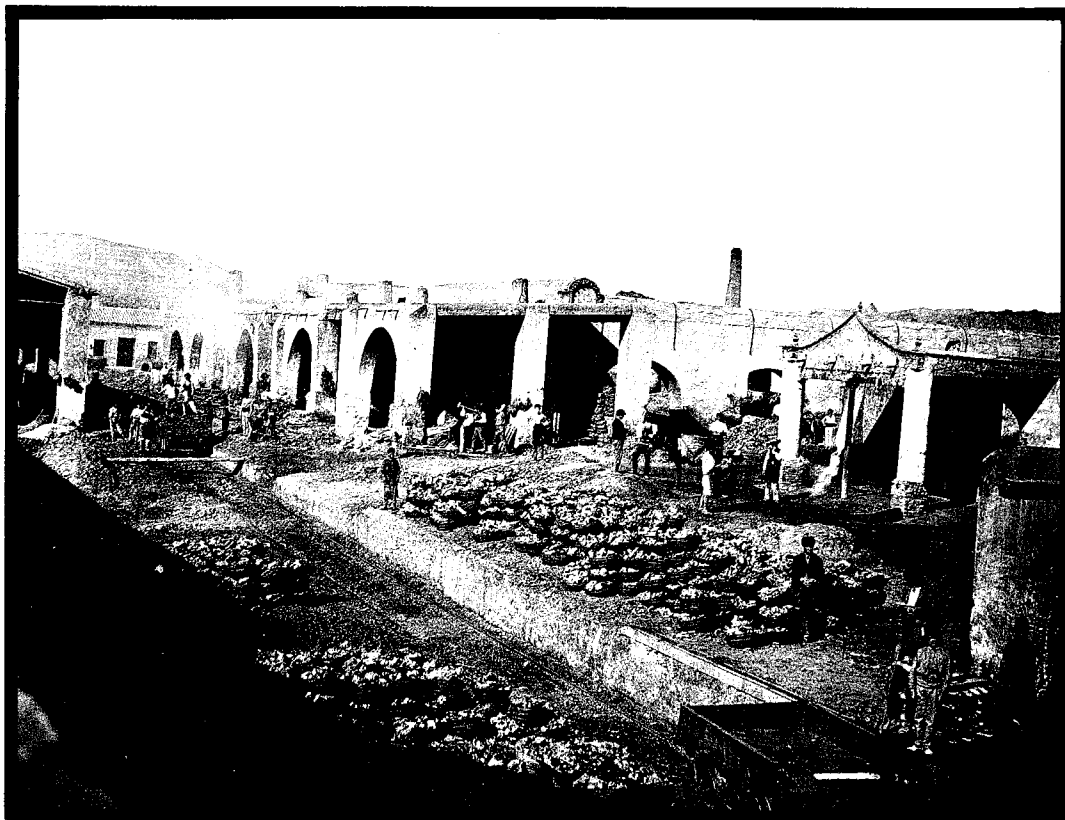
13.

PALOMARES

Entrada de la fundición
“San Javier” de Guillermo
Huelin

253 × 195 mm.

(CAM-FCE)



14.

PALOMARES

Fundición San Jacinto. Galería de Hornos

252 × 195 mm.

Las repercusiones sociales del fenómeno minero no son tampoco desdeñables. En el origen de la mayoría de las fortunas burguesas del siglo pasado en Almería podemos rastrear una rediticia participación en los negocios mineros. Este grupo social emergente, vinculado claramente a las reformas del Estado liberal y a las nuevas formas económicas capitalistas, relevaría en el poder social, económico y político a los miembros de esa vetusta oligarquía local del Antiguo Régimen, compuesta por una pequeña nobleza de alcaldes mayores, regidores perpetuos, beneficiados e hidalgos que, en general, observó con estupor, incompreensión y general reticencia la voráGINE minera. La burguesía minera devino, no obstante, muy pronto en agraria, volviendo la vista hacia el origen de muchos de sus miembros y encauzando los beneficios mineros hacia la aspiración más unánimemente sentida en aquel tiempo: constituir un sólido patrimonio fundiario y alcanzar la categoría de hacendado. A tal fin, tanto la oferta de tierras desamortizadas, procedentes de las instituciones eclesiásticas y municipales, como la compra en el mercado libre, aprovechando el empobrecimiento campesino en las periódicas crisis, serían dos vías convenientemente aprovechadas.

La irrupción de la minería alteró profundamente los hábitos de trabajo de los jornaleros del siglo pasado. En Sierra de Gádor más de 20.000 personas llegaron a estar ocupadas en las minas, las fábricas y la arriería. Pero a pesar

de la magnitud de estas cifras, no está claro que podamos identificar estas aglomeraciones con las concentraciones proletarias de las zonas industriales modernas. La ambigua convivencia de elementos nuevos y tradicionales que a menudo se manifiesta en plurales facetas de la minería decimonónica almeriense, también se aprecia en la configuración de su mano de obra. Como dijo en 1867 el geógrafo francés Delamarre —un directo e interesado conocedor de los asuntos de minas del territorio—, los mineros de Almería no dejaban nunca de ser campesinos. Y en efecto, el bracero del campo simultaneó, dada la irregularidad de las actividades mineras y agrícolas, las labores en uno y otro sector, por lo menos durante la mayor parte de la minería autóctona del plomo.

Con todo, el crecimiento demográfico observable en el ecuador del XIX, sólo parece explicable por la incidencia de fenómenos de inmigración que aún están sin estudiar, pero que debieron tener en las oportunidades del trabajo en las minas y en las fundiciones su principal incentivo.

El profesor Nadal estuvo afortunado al comparar la evolución minera del Sureste durante el siglo XIX con una carrera de relevos. En efecto, los primeros signos de agotamiento en Sierra de Gádor, se compensan a partir de 1838-1839 con el descubrimiento del filón Jaroso de Sierra Almagrera.

Del frenesí especulativo que desencadenó este hallazgo, nos han legado multitud de testi-

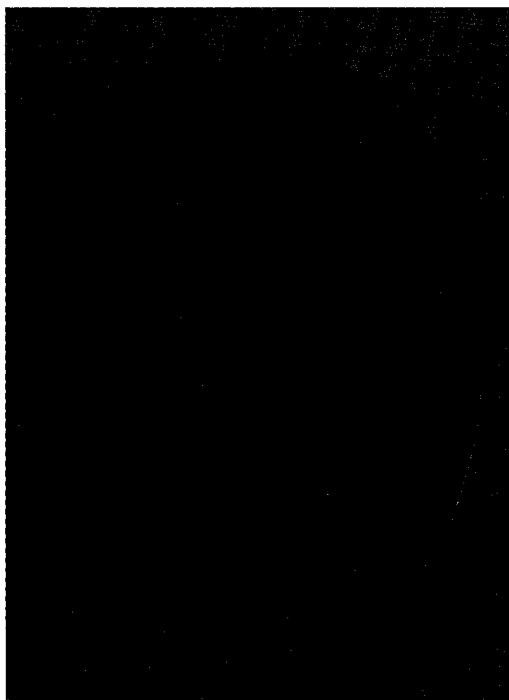


15.

EL AMO Y LOS LABRADORES

136 × 98 mm.

(CAM-FCE)



16.

D. MIGUEL SOLER
MEDINA

Reproducción de un
retrato del impulsor de la
primera sociedad minera.

100 × 140 mm.

(A.M.L.)

17.

TITULO DE LA
SOCIEDAD MINERA
"SAN DIEGO"

monios la prensa de la época o los escritores costumbristas del momento⁽²⁾. Las centenares de sociedades de minas que por toda España se organizaron para "acometer" la explotación de Sierra Almagrera, las miles de acciones que se compraron y se vendieron, sobre todo en los seis primeros años de la vida de este distrito, le dieron una fama al paraje tan sonora como el rumor de los escándalos promovidos por la especulación más inmoral: sociedades organizadas sobre minas inexistentes, acciones que veían multiplicar su valor sin base real, ruidosos pleitos entre accionistas y entre las minas colindantes, resueltos, a veces, por el recurso a

los más expeditivos medios de coacción y de violencia, etc.

Para que el lector que haya tenido la paciencia dellegar hasta aquí se haga una idea de lo que este "boom" financiero y asociativo de la década de 1840 supuso, haré mención a algunos datos significativos. Entre 1839 y 1845 se realizarían en toda España más de 13.000 transferencias de acciones de minas de Sierra Almagrera; o sea, unas 2.000 al año, lo que supone una media diaria de seis compraventas. Este impresionante trasiego alcanzó un valor superior a los 60 millones de reales. En el festín minero participó una buena muestra de

(2) La descripción del "ambiente minero" de los corrillos de ventas de acciones de la Puerta del Sol madrileña hacia 1850, ha quedado espléndidamente reflejado en los escritos de Antonio Flores. Una edición de algunos de ellos bajo el título de *La sociedad de 1850*, fue realizada por Alianza Editorial en 1968.

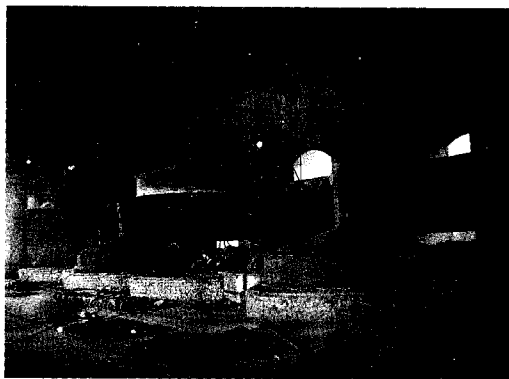
18.

GARRUCHA

Hornos de la fábrica
"Desplatación" de Enrique
Calvet

252 × 190 mm.

(CAM-FCE)

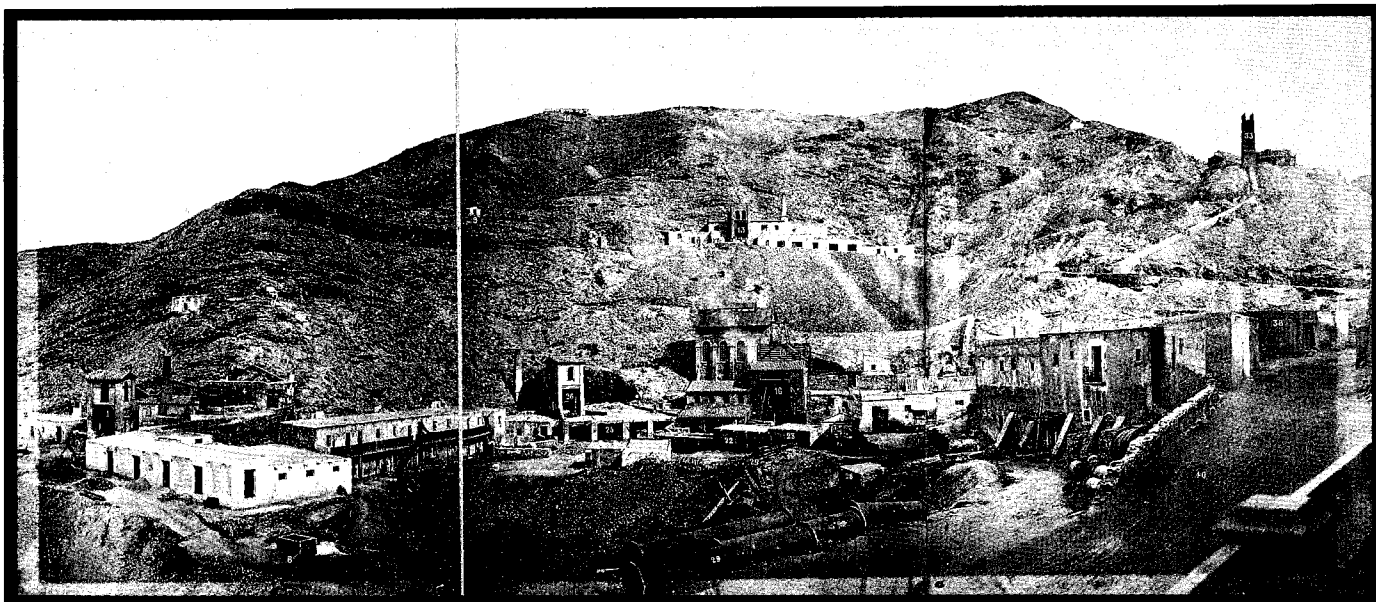


la alta sociedad española del momento: políticos, como Javier de Burgos, Madoz o Mendizábal, comerciantes e industriales como los Larios, los Ibarra o algún Bonaplata, a la vez que terratenientes, eclesiásticos, militares, y altos funcionarios. Pero también las capas medias y bajas intentaron tomar parte en lo que desde sus orígenes fue llamado la "lotería minera": campesinos, labradores, artesanos o arrieros llegarían a malvender o hipotecar sus escasos bienes para asegurarse una participación minera.

Las grandes ganancias no llegaron, sin embargo, nada más que a unos pocos. Las principales fortunas de la Almería del siglo XIX se encuentran entre los apellidos de los afortunados accionistas de las "minas ricas" del Jaroso: los Orozco, Soler, Abellán Peñuela —futuro marqués de Almanzora—, o Anglada, se encuentran entre los interesados en minas tan míticas como "Carmen", "Observación", "Esperanza", "Estrella", o "Virgen del Mar". Muchos de ellos canalizarán, en primera instancia, parte de sus ganancias hacia la erección de

importantes fábricas metalúrgicas —para la desplatación y la fundición del plomo argentífero— en Villaricos, Palomares o las inmediaciones de lo que será la nueva población de Garrucha.

Pero a pesar de las condiciones diferentes de los filones de Sierra Almagrera, el sector minero se organizó en este nuevo escenario heredando los defectos consustanciales al modelo de "pequeña minería" ensayado en Sierra de Gádor y auspiciado por la legislación minera vigente. En efecto, los mismos menguados campos de explotación, la misma subdivisión de la propiedad minera y la misma precariedad en los medios técnicos empleados, se puede observar en el distrito oriental, a pesar de que desde 1847, cuando se manifestó en todo su dramatismo el problema del desagüe, la necesidad de concentrar los esfuerzos ante un enemigo común y que sólo podía ser combatido solidariamente, resultó tan imperiosa como desatendida. Desde entonces y hasta poco antes de nuestra guerra civil, las vicisitudes del Desagüe general de Almagrera determinarán las épocas de actividad y paralización de las actividades mineras del distrito. Algunos descubrimientos interesantes —como los realizados en el barranco Francés desde 1860 y en las Herrerías en torno a 1869— alimentarán la aureola de riqueza de la minería del levante almeriense, que, sin embargo, se mantendrá siempre lejos de la convulsa animación de la "fiebre minera" de los años cuarenta.



19.

SIERRA ALMAGRERA

Vista general de las máquinas de desagüe
y de las minas Animas. Fuensanta y Santa Isabel

624 × 270 mm.

(Cd. J.M. Bastida)

20.

TITULO DE LA
"SOCIEDAD DE PARTIDO
DE SAN DIEGO"

- (3) El geógrafo francés Delamarre dedica la mayor parte de su conocido artículo sobre la provincia, publicado en 1867, al fenómeno minero en las comarcas del levante almeriense. Como hoy ocurre con la agricultura intensiva, el desarrollo minero resultaba entonces el rasgo más sobresaliente de la economía almeriense y como tal era valorado por sus contemporáneos (Casimir Delamarre: *La province d'Almeria economique et sociale*, "Buletin de la Société de Géographie de Paris, 1867).

Con todo, hacia la mitad del siglo XIX, la explotación minera de Sierra Almagrera resultaba el fenómeno productivo más interesante de la provincia y la fama de sus minas le precedía, hasta el punto de que los visitantes de entonces no olvidaban mencionarla con extensión al redactar sus impresiones (3). No es de extrañar, entonces, que el fotógrafo Rodrigo fijara su preferente atención, al trasladarse a vivir a la provincia, en la minería de Almagrera y el resto del levante, lo que le llevaría a residir, preferentemente, en las localidades de Cuevas y Vera para dedicarse a la realización de las vistosas panorámicas mineras que son el soporte primordial de esta Exposición.

El fotógrafo realiza su trabajo cuando los signos de agotamiento y crisis se multiplican. La decadencia de la minería del plomo almeriense ya se presenta como el resultado de la



conjunción de factores endógenos y exógenos. Entre los primeros, la desorganización del sec-

21.

AGUILAS

Panorámica

484 x 200 mm.

(CAM-FCE)



tor, la subdivisión de la propiedad minera y la insolvencia financiera de la mayor parte de las compañías que han optado por esperar a que alguien con más ganas les ponga en explotación la concesión minera mediante su arrendamiento, resultan los epígrafes más citados por quienes se ocupan del tema. En la minería del plomo almeriense, por estos años, son tan numerosas las compañías propietarias de minas como las organizadas por tomar a partido —en arrendamiento— alguna concesión minera.

Entre las causas externas destacó la continuada depreciación del metal entre 1875 y 1895, como manifestación de una clásica cri-

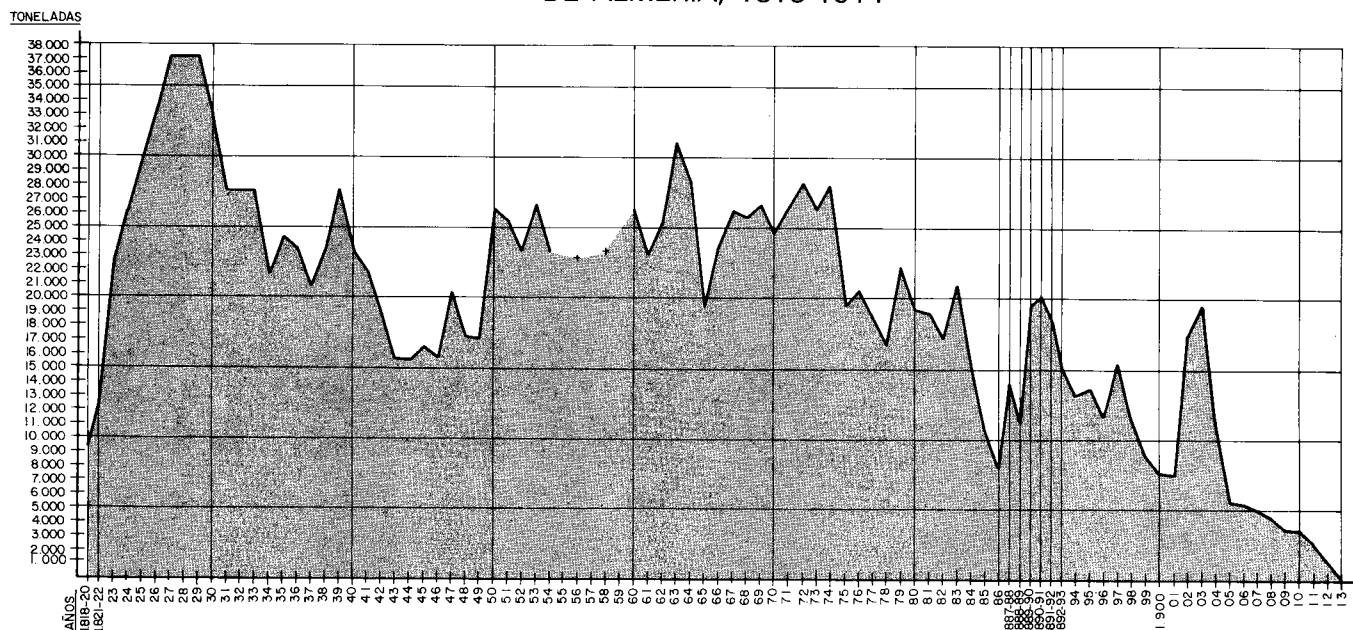
sis de superproducción en el mercado mundial, que llevará la cotización del plomo desde las 23 libras/toneladas de 1861 hasta las 9 libras de 1894.

Esta situación del mercado internacional debía haber empujado hacia la definitiva racionalización del sector, en orden a una introducción de formas de organización que redundaran en unas imprescindibles economías de escala. Sin embargo, los vicios de la pequeña minería estaban tan adheridos a la dinámica del negocio, y la explotación minera en algunos distritos, como en Sierra de Gádor, se había realizado con tal improvisación y rapiña, que en ese momento la reanudación de las labores

22.

GRAFICO SOBRE
LA PRODUCCION
DE PLOMO (1818-1914)

UN SIGLO DE PRODUCCION DE PLOMO POR LAS FABRICAS DE LA PROVINCIA DE ALMERIA, 1818-1914



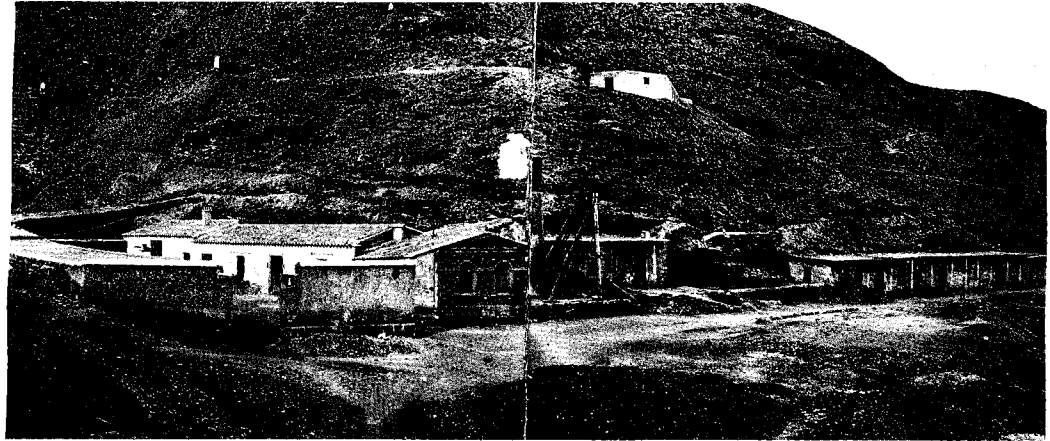
23.

SIERRA ALMAGRERA

Barranco Jaroso.
Monserrate

458 × 195 mm.

(CAM-FCE)

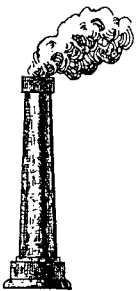


resultaba antieconómica. Desde 1880, la minería del plomo de la provincia de Almería, hasta entonces hegemónica en el panorama nacional, no hará más que perder posiciones ante la pujanza de los nuevos centros productores de Linares, Córdoba, o Ciudad Real, o ante el incremento de la capacidad productiva de la Sierra de Cartagena-La Unión. Incluso los intentos de penetración del capital extranjero en los viejos distritos almerienses —como fue el caso de la sociedad francesa “Compagnie d’Aguilas” y sus importantes inversiones en Almagrera y en la Sierra de Bédar— no alcanzaron el éxito esperado por, entre otras razones, las resistencias y pretensiones de las sociedades locales titulares de las concesiones mineras.

A finales de siglo se producirá, por último, el gran viraje en la actividad minera almeriense. El crecimiento de la demanda internacional, especialmente británica, de los minerales de hierro almerienses, exentos de fósforo y muy adecuados para la tecnología siderúrgica Bessemer, promoverá un espectacular, aunque efímero, desarrollo de esta nueva minería en el territorio almeriense. Entre 1895, año de la inauguración del primer trazado ferroviario, y 1914, en el inicio de la conflagración europea, corrieron los mejores tiempos de la explotación del hierro. Las dos fechas simbolizan dos de los

caracteres más destacados de este nuevo ciclo minero: su vinculación con la instalación de nuevos y modernos medios de arrastre, transporte y carga —trenes mineros, cables aéreos, embarcaderos...—, por un lado, y su estrecha dependencia respecto de los mercados exteriores, por otro. El agotamiento de algunos criaderos, la crisis siderúrgica de los años veinte, la depresión de 1929 y la competencia norteafricana, desembocarían, finalmente, en el cierre de la mayoría de las explotaciones mineras antes de nuestra guerra civil.

Pero Rodrigo, ya se ha dicho más arriba, no llegó a ser testigo, durante su estancia en Almería, de este fundamental relevo en el carácter de la minería almeriense. Su trabajo nos muestra las insuficiencias y contradicciones del modelo de pequeña minería que dominó la mayor parte del siglo pasado. En sus panorámicas mineras podemos apreciar el contraste entre unas explotaciones mineras caracterizadas por una rusticidad y una pobreza de medios sorprendente, con aquellas otras que, a pesar de la estrechez de sus concesiones, tratan de incorporar algunos elementos tecnológicos modernos —máquinas de vapor para la extracción, sobre todo—. Rodrigo documenta, asimismo, el intento modernizador de la francesa “Compañía de Aguilas” en la Sierra de Bédar, con la construcción del lavadero de



minerales de plomo más importante de los levantados en su época.

Las fundiciones, por lo general, tienen un aspecto más "industrial". La iconografía y los símbolos de la revolución industrial, las chimeneas, el carbón y el coke, los hornos alimentados por máquinas de vapor, sí pueden reconocerse en estos establecimientos ubicados a lo largo de la costa almeriense.

Los hombres que protagonizan el desarrollo minero también resultan captados por el fotógrafo. Bien es verdad que imperativos técnicos nos obligan a conformarnos con "la parte supe-

rior del escenario", impidiéndonos apreciar la rudeza y los sufrimientos de los trabajos interiores. De cualquier modo, el contraste entre los mineros y los ingenieros y dueños de las minas, resulta, a menudo, brutal. La presencia de técnicos extranjeros, los muy reputados alemanes, pero también belgas, se documenta muy tempranamente en las minas de Almagrera.

El interés del testigo es evidente que no se detiene solamente en el tema minero. Sus tomas poseen un valor costumbrista y etnográfico relevante. Las tremendas desigualdades sociales no escapan a la sensibilidad del artista



24.

INGENIEROS
Y TECNICOS
EXTRANJEROS
MERENDANDO

25.

HABITAT TROGLODITA
EN CUEVAS

141 × 102 mm.

(CAM-FCE)

26.

ANTONIO MARIA
BERNABE LENTISCO

Director del periódico
"El Minero de Almagrera"

100 × 140 mm.

(A.M.L.)

27.

CARRETERA DE PUERTO
LUMBRERAS-ALMERIA

Puente en las cercanías
de Sorbas

(CAM)

28.

CARRETERA DE PUERTO
LUMBRERAS-ALMERIA

Puente sobre la Rambla
del Diablo

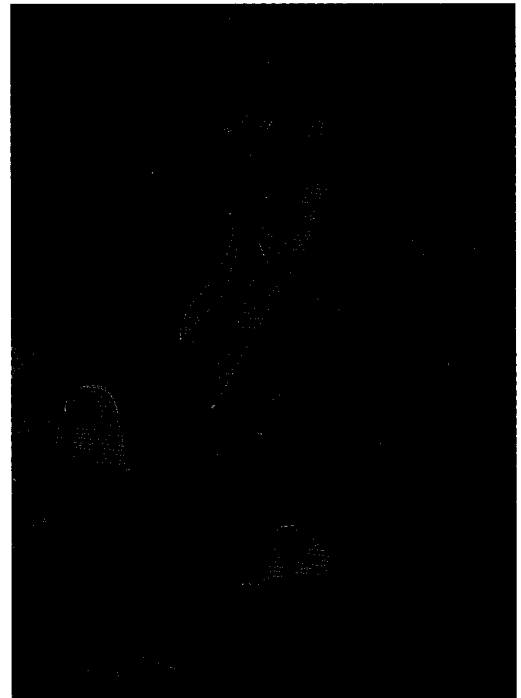
443 × 202 mm.

(CAM-FCE)

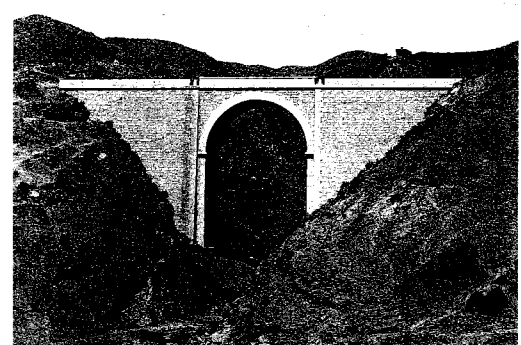
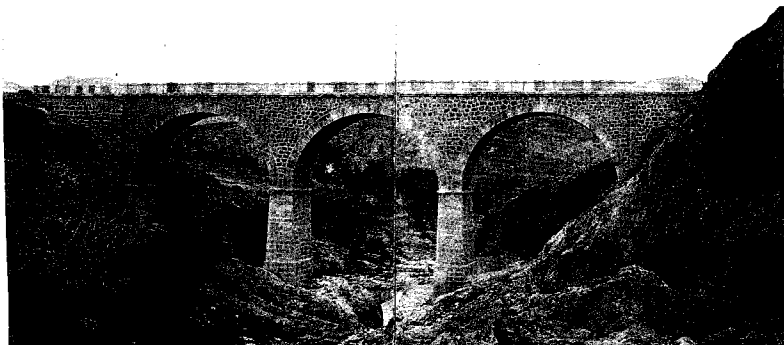


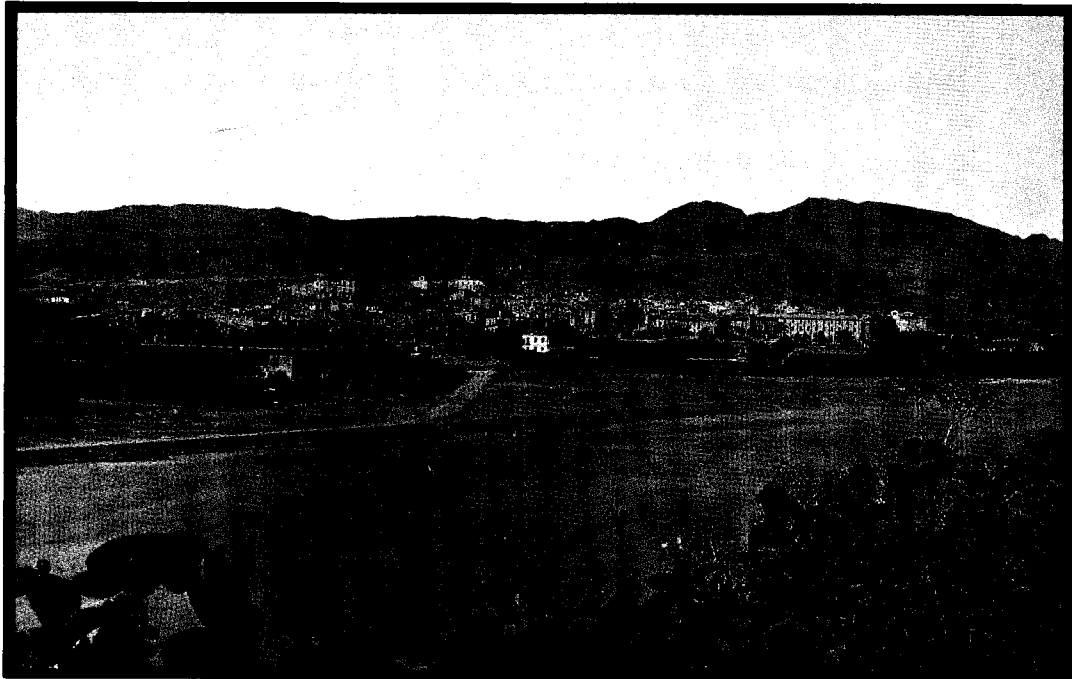
lorquino que se fija tanto en el palacio del opulento minero Antonio Abellán, marqués de Almanzora, como en las cuevas habitadas por los jornaleros del campo y de las minas, situadas en las inmediaciones de la ciudad de Cuevas.

Dos de las series fotográficas más espectaculares son las que dedica a las panorámicas de algunas poblaciones —Cuevas, Vera, Garrucha, Aguilas y Almería (con su trozo de muralla árabe frente a la playa), en donde podemos apreciar, por ejemplo, el sorprendente abandono de unos puertos desde los que la provin-



cia exportaba sus materias primas hacia el Occidente industrializado desde principios del siglo XIX, y la que dedica a los puentes recién contruidos o en construcción en la flamante





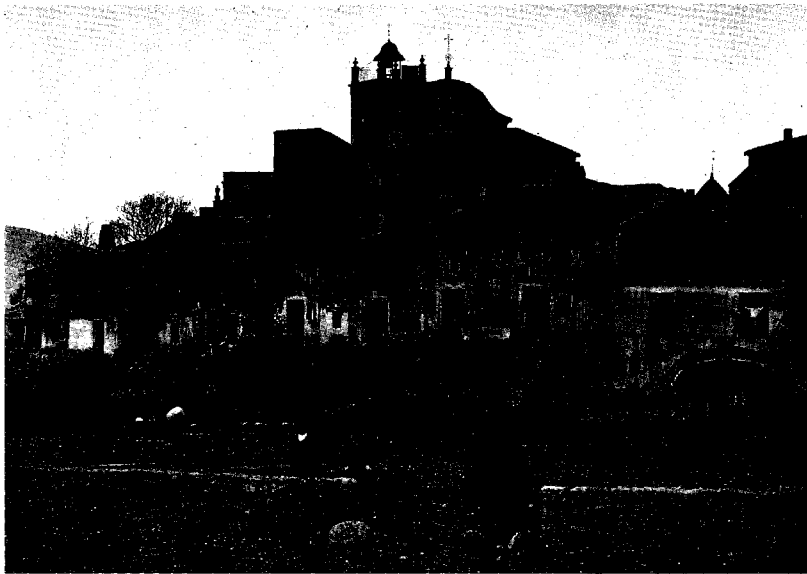
29.

CUEVAS DE VERA

Panorámica

225 × 143 mm.

(CAM-FCE)



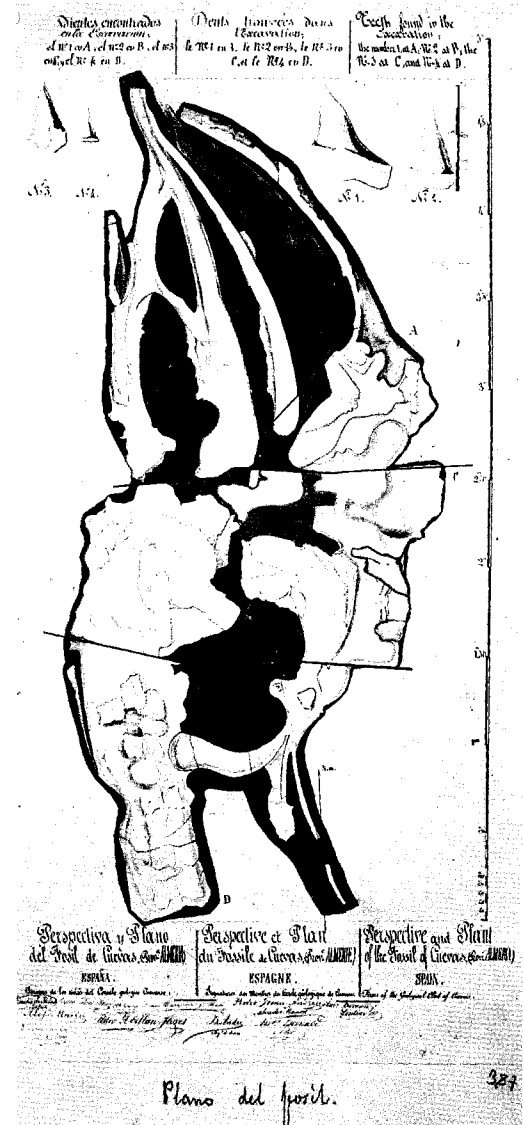
30.
CUEVAS
Vista
140 x 102 mm.
(CAM-FCE)



31.
FOSIL ENCONTRADO
POR EL GEOLOGO
CLEMENTE ROSWAG
EN LAS INMEDIACIONES
DE CUEVAS
122 x 173 mm.
(CAM-FCE)

32.
DIBUJO DEL FOSIL
ENCONTRADO EN LAS
INMEDIACIONES
DE CUEVAS POR EL
GEOLOGO CLEMENTE
ROSWAG
100 x 204 mm.
(CAM-FCE)

carretera de Almería a Puerto Lumbreras — actual Nacional 340—, levantados sobre las ramblas y barrancos almerienses entre 1875 y 1880, y que todavía hoy, cumplen con una





33.

GARRUCHA

Talleres de la fábrica
"San Jacinto"

253 × 193 mm.

(CAM-FCE)



34.

SIERRA ALMAGRERA

Máquina de "Paraiso",
barranco Francés

253 × 207 mm.

(CAM-FCE)

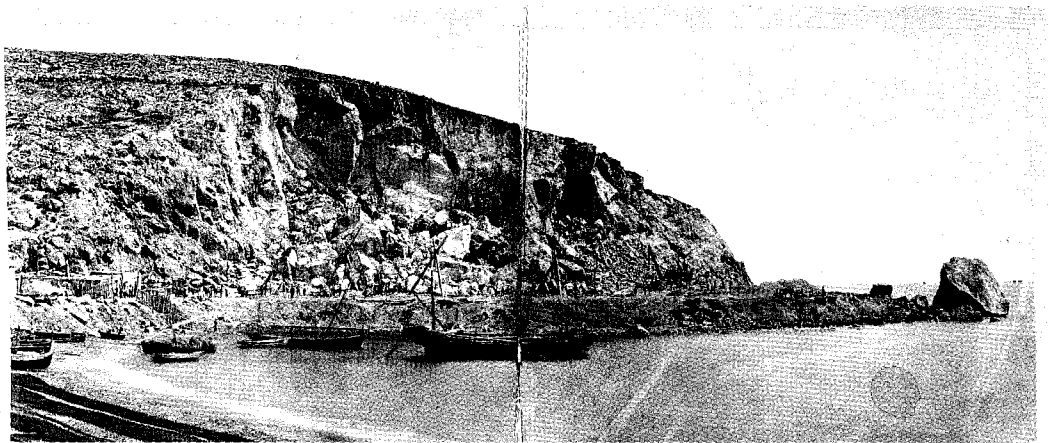
35.

AGUILAS

Obras del Puerto
(Efecto de un barreno)

484 × 200 mm.

(CAM-FCE)



misión que ya es más que centenaria. La visión de estas instantáneas nos permite reflexionar sobre los altos costes de la construcción de carreteras en una orografía como la almeriense, a la vez que constatamos el tardío y limitado intento con el que la Administración central trató de paliar el injustificable olvido en que quedó sumida la red de comunicaciones terrestres de almería durante el siglo XIX y que se plasmaría, por citar un botón de muestra, en la paralización, ¡por más de cuarenta años!, del único trazado de primer orden que atravesaba a la provincia: la carretera de Almería a Vilches,

cuyas obras no fueron más allá de Gádor entre 1840 y 1885.

De esta amplia curiosidad del fotógrafo se nutre el destacado fondo de imágenes que constituye el principal motivo de la Exposición. Esta colección, que muy pronto comenzará a ser explotada por los investigadores, junto con los testimonios escritos de toda índole, nos ayudan hoy a hacer más inteligible lo que fue aquel siglo XIX, mucho más lejos en el recuerdo y en la fisonomía social y económica, que en el tiempo.



36.

GARRUCHA

Vista del fondeadero

268 × 215 mm.

(CAM-FCE)
